

cuando cádate que el primer día de sesión se aparece D. Pascual Gayangos en la Academia con un tomo debajo del brazo, diciendo:—"Pero, señores, ¿en qué están ustedes pensando? Aquí traigo los sonetos *inéditos* de Cervantes..."—"¿Qué libro es ese?"—"Un tomo de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra..."

—Y todo eso, ¿no será invención?

—¡Quiá! ¡Quiá! No, señora. ¡Es que los sabios que gastamos en España son así!

—Lo que me acaba usted de contar es parecidísimo al argumento de *L'Immortel*, de Daudet. Y traducido al lenguaje vulgar significa que en todas partes cuecen habas, que todos somos falibles, y que á cualquier galgo se le escapa una liebre.

—¿Liebre llama usted á los sonetos inéditos de Cervantes? Llámecles usted caza mayor... Señora, es que nuestras Academias, como dijo usted muy bien, no se dónde, son una calamidad.

—Que yo no he dicho tal cosa en parte ninguna.

—Bueno, pues será otro quien lo dijo...; en fin, que en España anda perdido todo.

—Y usted es un español genuino, repuse yo, que tan pronto reniega del extranjero y canoniza hasta los defectos de la patria, como denigra á ésta y la pone por los pies de los caballos. Tenga usted mesura, y no extreme nunca las cosas. ¡Pobre España nuestra! Con todos sus defectos, hay que quererla bien.

—¡Esa es la fija! me contestó el compatriota,

empleando en la afirmación tanto calor, fuego y energía como en las acusaciones anteriores.

## CARTA VII

CACHARROS, MUEBLES, ENCAJES,  
JOYAS

Paris, Junio 5.

ME he prometido hablar algo de la parte industrial de la Exposición francesa, y la verdad es que me he metido en camisa de once varas. Los juicios serios acerca de industria han de ser comparativos. ¿Adelantó mucho la maquinaria inglesa, pongo por caso, desde los últimos certámenes? La cerámica y la cristalería francesas, ¿se presentan con más lucimiento hoy que ayer? ¿Se advierte progreso en la ebanistería española? Y por el estilo, bien pueden formularse un millón de preguntas, á las cuales yo no sé contestar, ni me incumbe. Por lo cual esta carta tiene que salir deficientísima, no reflejando sino la impresión puramente estética de quien no ve en la industria otro atractivo que servir de pretexto á las aplicaciones del arte.

\*  
\*  
\*

En este particular, yo creo que adelanta nuestro siglo, y—aunque dañado por una anar-

quía y un espíritu ecléctico que le llevan á armar cada pisto de dos mil diablos con lo japonés y lo etrusco, y lo rococó, y lo gótico y lo renaciente, todo revuelto—no puede negarse que el gusto actual en muebles y utensilios domésticos, y hasta en indumentaria, mejora notablemente y cunde entre todas las clases de la sociedad. Bien lo prueba lo rebuscadas que andan hoy las antiguallas artísticas, las telas, porcelanas, tapicerías y esculturas, tan desdeñadas hace medio siglo, que sólo algunos curiosos inteligentes comprendían su valor y las compraban por un pedazo de pan. Apenas se entra en una casa, por más modestos que sean sus dueños, se echa de ver la especie de infusión artística que se verifica en la sociedad de años á esta parte. El bargueño, el cuadro, el cacharro, el esmalte, la pieza de argentería de curiosa labor, objetos ayer arrumbados, ocupan sitio preferente, y se enseñan con satisfacción y orgullo, y hasta se imitan y reproducen en muebles nuevos. De aquí tiene que resultar, y resulta, mayor inteligencia y arte en los fabricantes y trabajadores, más refinamiento y exigencia delicada en los consumidores y un progreso general muy efectivo, aunque lento y casi insensible, en las naciones atrasadas.

Tomemos por ejemplo la cerámica. La afición á los cacharros bonitos y á los muñequitos bien hechos es tal vez la que más se ha propagado en España, sobre todo entre las señoras. No sólo los comedores, sino las salas de recibir, los despachos y gabinetes, se adornan con

platos colgados, y ya, en vez del clásico cucurucho de dulces ó de la caja de plegado raso, se regalan cacharros en bodas y bautizos. Pues bien—y aquí entra lo del atraso:—en España, donde tenemos tradiciones gloriosísimas de cerámica, nos hemos dejado invadir por la vulgar porcelana francesa, ó por lo más tosco y antipático de la loza inglesa. En tal decadencia y abandono se encuentra esta industria eminentemente artística, que nuestra fábrica de la Moncloa no ha remitido á la Exposición ni una sola muestra de sus labores, por no creerse en condiciones para ello. La loza española, con su ingenuidad encantadora de dibujo y su caprichosa energía de colorido, con su sabor árabe ó barroco, no aparece en el Certamen de París; el azulejo, la decoración por excelencia de los países cálidos, con la armoniosa tonalidad de sus esmaltes vítreos y la oriental riqueza de sus dibujos, no figura en el Campo de Marte. Allí puede el curioso adquirir jarrones persas, botijos indios y maravillosas porcelanas de Vegdwood; pero no un cacharro de loza estanífera que le recuerde, con sus cambiantes reflejos y sus extraños pajarracos, la tierra del sol y las antiguas glorias de la alfarería ibérica.

Digo mal. La alfarería ibérica está representada, y no sin algún lucimiento, por las lozas y mayólicas de Portugal. Este pequeño reino, sediento de adelanto y deseoso de cultivar lo que le caracteriza como nación, no descuida la cerámica, y alienta y ensalza todas las ten-

tativas (más ó menos felices) de creación de un arte cerámico portugués, más apegado á la tradición de Lucas de la Robia y Bernardo de Palissy que á la cacharrería moderna. El defecto de la cerámica portuguesa que se exhibe en París es el que ya tuve ocasión de notar cuando hace un año visité en Caldas da Rainha la fábrica de Bordalho Piñeiro: una exageración de modelado que raya en grotesca; una densidad del color que quita toda finura á la pasta, y una fragilidad suma, de la cual resulta una inutilidad casi completa. Porque, en efecto, si un vaso ó fuente no resiste el pase del plumero ó el roce del fino cepillito empapado en agua y jabón, ¿cabe utilizarle como elemento decorativo? Prescindamos ya de que no pueda dedicarse á fines útiles; mas ni aun para recreo de la vista sirve un objeto tan rompedizo, máxime cuando la exquisita delicadeza no excusa la fragilidad. La solidez es también elemento estético, y una de las grandes condiciones del azulejo decorativo es su resistencia y la facilidad de asearlo. De ahí procede en parte la sensación de frescura y reposo que causan los grandes frisos de azulejo en las iglesias y palacios de Portugal. Entrar en una sala vestida de azulejos es como entrar en un baño. No diré que las modernas lozas portuguesas sean despreciables; sí que pecan de quebradizas, inútiles y recargadas. El que lo dude, pase de la sección portuguesa á la inglesa, y se convencerá.

Verdad que la cerámica inglesa no tiene ri-

val en el mundo. Al penetrar en la sección destinada á la loza y al cristal ingleses, se experimenta la impresión del que desde la calle, el zaguán ó la antesala, entra en el rico salón, amueblado con severo lujo, con pulcritud aristocrática. De la cristalería inglesa bien puede decirse sin hipérbole que centellea como el diamante, que es transparente como el más puro trozo de hielo, y que las manos finas de las hadas modelaron sus gráciles formas. Y al mismo tiempo se ve que las sutiles copas y las aéreas botellas son *útiles*, llenan su fin propio, sirven para beber y para contener la bebida, y se prestan á aquel aseo riguroso que es la mejor salsa de un banquete para las personas cultas y rectamente sibaritas. Esto de la utilidad, unida á la señorial distinción, es distintivo de las lozas y cristales expuestos por la Gran Bretaña. No se ven allí objetos de primera inutilidad, de esos que aquí compramos ó compra la gente sencilla, "para finezas," como si el toque del obsequio consistiese en regalar un embeleso estorboso; cada pieza tiene su aplicación positiva, ingeniosísima, que añade un deleite más á las comodidades del *home* y de la mesa. Como muestra de esta armonía entre el elemento estético y el práctico, citaré un cacharro que adquirí en la instalación de Daniell para recogerlo en Septiembre. Es una fuente de servir fresas. Sobre una concha de porcelana, que muestra la apetitosa blancura de la leche, corre una guirnalda de fresas pintadas con sorprendente verdad y guarnecidas de su

gracioso follaje. La concha tiene un resalte, en el cual descansan dos primorosas vasijas decoradas con fresas sueltas y destinadas á contener el azúcar cernido y la nata. Otro servicio análogo, pero mucho más caro y lujoso, no presenta sólo el fruto de la fresa, sino la planta del fresal en flor, tan de realce y tan bien ejecutada, que parece que ha de despedir aroma si nos ocurre olfatearla. Y pregunto yo: ¿habrá persona que encuentre el mismo paladar á unas fresas servidas en toSCO frutero que á otras ofrecidas en estos recipientes?



Cuanto se diga en elogio de la cerámica inglesa será inferior á su mérito. Verdad que cuesta mucho, é indica que sólo un pueblo opulento y amigo de embellecer el hogar pudo llevar á tal grado de perfección la vajilla y los utensilios domésticos. Además, supongo que los criados ingleses no romperán tanto como los de España, donde la casa más modesta, al cabo de seis meses, podría alzar un monte Testaccio con los cascós y los añicos de vidrio y loza. Si los Gedeones de allende la Mancha se dan tanto arte para romper las preciosidades que he visto en la sección inglesa, se necesita un Potosí para remediar los desperfectos. La copa de cristal más sencilla cuesta de catorce reales á un duro: el plato más gazmoño, más inocente, sin otro adorno que unos cándidos *no me olvides*, puede cotizarse de media libra á

dos libras. Yo temblaba viendo á mis hijos corretear con su habitual é incoercible viveza, entre una fuente tasada en dos mil duros y un jarrón que valía mil libras justas. ¡Santo Dios, si aciertan á resbalar y caerse! Me quedo en París embargada por los ingleses, en realidad de nación y en metáfora de acreedores.

Tratándose de porcelanas, claro está que no han de dejarse en el tintero las secciones china y japonesa. En el pabellón chino, construido precipitadamente y á última hora, no figuran más de quince expositores, en su mayoría ricos negociantes de Cantón. En opinión de la prensa francesa, el pabellón chino ofrece deslumbrador aspecto; para nosotros los españoles, hay en él algo de conocido y familiar dentro del exotismo. Las cosas chinas (las japonesas no) son esos chirimbolos que nosotros llamamos *filipinos*, y que huelen á capitán de barco y á familia mesocrática. En España el rico pañolón dibujado por Ayún ó Senquá, los abanicos multicolores con macaquitos de faz de marfil y ropaje de seda, las cajas oblongas de sándalo minuciosamente esculpido, los juegos de café, en cuya pintura dominan el rosa y el verde pálido, los mueblecillos de laca, con flores de nácar de colorines, son objetos que las primeras veces habrán gustado por la rareza, pero que ya hastían. He notado en el pabellón chino que todos los vendedores saben su poco de español; verdad que lo hablan con graciosa y disparatada libertad, á lo negrito: "Señora, compa mí tasa bonita..... Señora, mira,

yo no engaña, presio barato..... Señora, te no encuentra París tanto rico....; de Suchong camina derecho; huele mucho bueno: do franco..."

¡Ah! Lo que es el Japón—al menos para ojos españoles—es otra cosa, otra cosa bien distinta, tan distinguida, como es vulgar lo chino. El propio edificio donde expone sus productos el Imperio nipón se puede llamar una monería. Está construido con materiales japoneses, y antiguos, de tres siglos de fecha, y por obreros japoneses: tiene una puerta de madera esculpida, admirable; dentro todo es igualmente delicado; creación de un pueblo que posee, en mayor grado tal vez que otro alguno, el instinto de aplicar el arte á las necesidades más íntimas de la vida. Las porcelanas de Satsuma, con su inimitable armonía de colorido; los broncees repujados, incrustados y mielados de oro, con una riqueza de inventiva que debieran estudiar nuestros amanerados dibujantes de Eibar y Toledo; los vasos tabicados (*cloisonnés*), los grieteados (*craquelés*), las esculturas, llenas de realismo y de imitación de la naturaleza, ejecutadas en marfil y madera oscura; los cuadros, pintados mitad á la acuarela y mitad á la aguja; las armas, los dragones ó quimeras, los ingeniosos juguetes, los farolillos, los bebés ó muñecos llorones, todo en la sección japonesa ofrece un sello de elegancia que es más fácil notar que especificar en qué consiste y por qué carecen de él ciertas naciones, verbi gracia, Portugal y China, mientras otras,

como Inglaterra y el Japón, lo ostentan marcadísimo.



El mobiliario es de las industrias más íntimas y que con mayor elocuencia expresan las costumbres de un pueblo. Los Estados Unidos exponen muebles sólidos, prácticos, lisos, feos, para decirlo pronto; y á no ser por el gran jarrón de plata maciza que vale veinticinco mil duros, y que mueble decorativo es al fin y al cabo, la sección industrial de Norte América sería de lo más sencillo que encierra la Exposición. El cristal y las porcelanas *yankees*, si ofrecen la seriedad y la magnificencia inglesas, se quedan muy atrás en variedad y gusto. Los muebles ingleses reúnen utilidad y riqueza artística: el fino azulejo británico, las ricas tallas del Renacimiento, las maderas empleadas hábilmente, bien elegidas, el dorado sobrio, el adorno oportuno, hacen de los aparadores, mesas y armarios ingleses, otras tantas piezas maestras. No se concibe el apuro, la trampa, ni la escasez en ningún terreno, en casa donde existen muebles tan correctos y respetables. Infunden ese sentimiento que nace del espectáculo del desahogo, del orden y amplitud en la vida; sentimiento que, sin ser la estimación moral, se le parece mucho: la consideración. ¡Oh, cuán elocuentes son los muebles de la sección inglesa, y también sus vidrios y sus lozas!

No se distingué España por su exhibición in-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1926 MONTERREY, MEXICO

dustrial. Caldos, aceites, chocolates, pasas, naranjas, almendras, tabacos. ...; en eso sí nos llevamos la palma, y nadie me convencerá de que los vinos australianos puedan ponerle la ceniza en la frente al Jerez. Pero esto no es industria: lo brinda la pródiga naturaleza, lo regalan el sol, el aire y la rutina laboriosa de una raza agrícola por excelencia. Y, sin embargo, la Exposición de Barcelona pudo haber fomentado en nosotros la esperanza de hacer brillantísima figura en el certamen parisiense. De la que realmente hacemos en el terreno artístico industrial, veré si puedo hablar otro día: el asunto requeriría detenimiento, y no ser tocado como por casualidad.

Si el cetro del mobiliario no corresponde a Francia, es que me engañan los ojos y la afición á lo delicado, nuevo y bonito, natural en la mujer. El arte industrial francés propende á sacrificar la solidez á la ornamentación, lo grandioso á lo lindo: por eso su triunfo son los muebles Luis XV, la galante afeminación de los colores suaves y las doradas molduras, la línea muelle y curva de los sofás y de las *bergères*, la gracia ondulosa de la cornucopia-espejo y el indescriptible encanto del floreado y rameado de las sedas. En una palabra: el francés idea y desempeña mejor el mueble de tela que el mueble de talla, el imponente mueble que tan bien se adapta al genio de las razas del Norte. Hay en la Exposición una alcoba, blanco y oro, que embelesa á todas las muchachas. Nido de plumón de cisne ó de pluma de palo-

ma, parece que está pidiendo el avecilla inocente, de fisonomía á lo Greuze, digna de habitar tan poética jaula, que sólo costará unos diez ó doce mil duros.

En porcelanas y tapicerías, los franceses descuellan desde hace muchos años. Hoy han aplicado todo su conato á sorprender é imitar los procedimientos de la cerámica china y japonesa, robándole el secreto de sus esmaltes y pastas. Las pruebas de su importante adquisición se encuentran en el Campo de Marte, patentes á quien desee estudiarlas. Hay una riqueza de color sorprendente en este nuevo producto llamado *porcelana dura*. En el mosaico han adelantado también, deseosos de competir con Italia. Y en su estilo propio, el género *Sèvres*, exponen jarrones y servicios capaces de tentar á la persona más económica.

\* \* \*

Expone también Francia la luna de espejo más grande que nunca se ha fabricado en el mundo. ¿No tiene mucho de simbólico? El dominio de Francia sobre Europa, del espejo nace y procede. La coquetería y la moda son las armas mejor templadas y más agudas de que Francia hace uso. Si adoptase nuevo blasón, en vez del gallo debería poner el pavo real, y por tenantes un espejillo y una caja de velutina.

Industria menos frívola, y hasta con un barniz histórico que la ennoblece mucho, es la ta-

picería nacional francesa, los Gobelinos. Más que industria, puede considerarse arte, al menos en sus resultados. En realidad, un hermoso tapiz agrada á la vista y decora la habitación tan regiamente como una obra maestra pictórica. Su coste impide que se vulgaricen, y su carácter es siempre nobiliario, grave y majestuoso. Una fábrica de tapices como los Gobelinos honra á una nación.

Ninguna de las europeas presenta tapices decorativos tan grandiosos como los destinados á adornar, después de cerrada la Exposición, el palacio del Elíseo, haciendo compañía á muchos y muy soberbios que la morada presidencial encierra.

\* \* \*

De los tejidos de seda y los encajes franceses también puede afirmarse que son de primer orden. ¿Quién le disputa la palma á Lyon en sederías? Así los riquísimos terciopelos brochados ó labrados para muebles, como los géneros llamados á barrer el piso de las salas de baile vistiendo á las damas, son un prodigio de dibujo y una magia de colorido. Hay una tela—fondo de raso azul pálido, sobre la cual se confunden rosas te, medio deshojadas ó entreabiertas y ramas de lila blanca sembradas como á capricho,—que, más que tela, es un verdadero cuadro de flores, una obra de arte, por consiguiente. Hay otra—fondo de oro obscuro y mate, como si lo hubiese tostado y amortiguado el

uso, sobre la cual se destacan pensamientos de tamaño y color natural, de variados matices, de aterciopeladas hojas, con su follaje,—que me tuvo diez minutos en contemplación: y nótese que diez minutos de contemplación en París son palabras mayores, porque siempre se anda de prisa. Vestirse con semejantes telas sería ardua empresa, á menos que las maneje y corte la tijera de un gran artista en indumentaria femenil: son telas que eclipsan á la mujer que las usa; atraen demasiado la vista, la entretienen con exceso, y dañan al conjunto. Colgadas en el escaparate, adquieren su verdadero interés, su importancia artística. Nada quiero decir de los bordados, ni de las primorosas cintas y flores artificiales, pajaritos y plumas. De los encajes sí: no merece llamarse mujer la que pasa insensible ante las instalaciones de Chantilly y Alençon.

En virtud de una curiosa analogía, puede notarse que los mejores encajes reproducen casi siempre estilos arquitectónicos propios de la tierra en que se fabrican: las delicadas mallas del hilo compiten con la dura piedra. Esta regla es aplicable al encaje inglés, al de Brujas, al guipur, al Venecia. El Alençon, rey de los encajes, dulcemente moreno, cual si el sol oriental le hubiese acariciado mucho, ostenta en su diseño la complicada riqueza de las cresterías entre moriscas y góticas del punto de Venecia, del cual procede. La energía y realce de su dibujo proviene de que cada línea de hilo sutilísimo encubre un alambre tan fino como el más

delgado cabello; alambre que no quita nada de su flexibilidad al encaje, ni se puede advertir su existencia sino aguzando mucho la vista y el tacto. El Alençon es carísimo; en la Exposición hay pañuelos, guarniciones y velos nupciales, que valen una millonada de francos; y sólo en las novelas de Eugenio Sué andan por las ventanas "cortinas dobles" de este encaje, reservado al adorno de las damas pudientes y gastadoras.

La sección belga no se queda atrás en esto de randas: Malinas disputa á Alençon la primacía. El Bruselas, que está más al alcance de todas las fortunas, agota la variedad de sus motivos y temas, antes floridos que arquitectónicos. Cuando no alcanza á expresar bien las curvas virginales de una azucena ó la frescura de una rosa, acude á otros géneros, y mezcla una flor de punto de aguja ó de Venecia, que se destaca con brío sobre el fondo, algo desleído, del Bruselas. El que quiera ver cómo se realizan tales maravillas, no necesita sino entrar en un pabelloncito donde las encajeras trabajan, manejando con increíble destreza sus palillitos menudos, clavando y desclavando alfileres microscópicos, dedicando una mañana á hacer brotar de sus prolongadas agujas el pétalo de un lirio ó el remate de una estrella.

\* \* \*

Descuella en la sección de Italia—al menos para mí que voy prescindiendo de las indus-

trias meramente *útiles*—el vidrio veneciano. Es una industria histórica, que no se transforma, pues está repitiendo eternamente los mismos tipos; pero que como nació tan seductora, no ha menester remozarse. Siempre los mismos espejos, que parecen rodeados de estalactitas de nieve y de flores fantásticas, teñidas con el gualda, rosicler y azul de los cielos al amanecer. Siempre las mismas copas y ánforas tornasoladas, que conservan en apariencia la huella del pulpejo que las modeló. Siempre las mismas arañas, que parecen sargas de gotas de rocío y lagrimillas cuajadas en la mejilla de algún querubín. A la verdad, es difícil innovar dentro de un estilo tan poético. Cualquier tentativa utilitaria desprestigiaria á la cristalería veneciana. No se concibe que la casa Salviati fabrique copas de champaña, enjuagues ó botellas comunes y corrientes. La tradición se impone demasiado á esta industria, que parece nacida, como otra Venus, sobre la espuma de las olas del Adriático cuando las riza la brisa y las dora el sol.

Al hablar de tapices he olvidado—reparemos el olvido—los de Holanda, de la Real fábrica de Eventer, que son admirables, y las porcelanas de Delft, que conocen bien los aficionados á cerámica, por ser uno de los productos favoritos de la moderna cacharrería. También los cacharros de la sección persa merecen mención especial. Ignoro si el que compré allí está copiado de algún modelo antiguo; pero sé que es sumamente típico, y que las figuras que lo adornan



recuerdan exactamente las miniaturas del célebre libro de caballería iraníano el *Schah-Nameh*. En el Palacio indio se venden también preciosos jarros de azul original, que no existe en nuestra cerámica española, y tan poco se parece al azul porcelana de Sèvres, sino más bien al azul mate y limpio de la turquesa viva. Una cosa he observado, y es, que cuanto más atrasados son los países que exponen, más aspecto artístico ofrece su Exposición. Las de Persia y el Indostán confirman plenamente esta regla. En ambas abundan los trabajos cincelados de cobre y latón, las espléndidas armas, las tapicerías viejas, las alfombras suaves, las telas de colores; y la sección india descuella por los cachivaches de plata cincelada, que verdaderamente se diferencian de todos los demás del mismo metal que se ven por el mundo. Es una aplicación del estilo hierático á los objetos de uso doméstico. Cada cucharilla para el té remata en un Ganesa ó una Trimurti: alrededor de las tenacillas del azúcar se enrosca la simbólica serpiente: una tetera representa el Nirvana ó la creación del mundo. Es precioso, y presumo que los ingleses deben de fomentar mucho semejante industria, á la vez exótica y familiar. Verdad que se nos figura algo raro hacer de un Buda el mango de un cortaplumas ó el ojo de unas tijeras; mas el trabajo es tan curioso, que la extrañeza se olvida.

\* \* \*

Los plateros rusos han procedido lo mismo que los indios, aplicando el hieratismo á las cucharillas y los servicios de té. Hay en la sección moscovita esmaltes bizantinos, filigranas admirables, que recuerdan confusamente la forma del cáliz, del incensario ó de la patena, al través de la forma del platillo ó la cuchara. No encierra la Exposición muchas cosas tan artísticas como la orfebrería rusa.

¿Y las joyas? Insensiblemente hace rato que doy vueltas alrededor de ellas, sin atreverme á entrar en ese terreno, que ya tiene un pie en el reino de la moda. Las joyas en la Exposición de 1889, no sólo desempeñan papel importantísimo, sino que abundan y casi hastian. Aquí, un pabellón donde el público presencia todas las operaciones de la talla del diamante, desde que le arrancan de la ganga en que duerme hasta que ostenta sus mil facetas y lanza destellos multicolores. Allá, el escaparate en que un joyero artista expone arracadas y collares, que son copia exacta de las que lucen las hermosuras muertas hace trescientos años y retratadas en el Louvre. Más allá, perlas en su concha, perlas del grosor de un huevo de paloma, perlas de todos los matices y de todos los reflejos: negras, violadas, azuladas, rojizas, rosadas, blancas y hasta color de canela. Acullá, todas las flores de los invernáculos, y aun toda la maleza de los matorrales, lirios y cardos, rosas y ramas de espino, hechas de pedrería y sin aplicación aparente, como no sea para colocar en los jarrones del tocador de alguna Emperatriz, que, habiénd-

dose vuelto loca, quiera convertir en brillantes los productos de su jardín. Más adelante, un solitario colosal, adherido automáticamente al vidrio del escaparate, y que al parecer se nos viene á las manos. Y después, *vivières* que deslumbran, diademas que marean, brazaletes que echan chispas y culebras de esmeraldas que nos miran con ojazos feroces de rubies... Vamos, que ya cansa. Entran ganas de quitarse los pendientes y tirarlos al arroyo.



Aun en esto de las joyas cada país conserva su individualidad. El francés hace la joya coquetona y ligera, llamada á realzar la belleza de la mujer, según cumple á lo que al fin y al cabo es no más que accesorio, siquiera valga millones. El inglés la hace decorativa, solemne, ostentosa y firme: de gusto severo y clásico, de intachable montura, de extraordinaria riqueza. El norteamericano, original y costosísima. El ruso, de sabor oriental, como si saliese del tesoro de una madona. El portugués engasta poquitos diamantes en mucho oro ó plata. En la Exposición hay ejemplos de todos estos estilos nacionales.

Y ahora, si alguien me pregunta: Y la estearina, y los algodones, y los productos químicos y alimenticios, y la metalurgia, y las materias textiles, y la industria forestal, y el jabón, y el aceite, y los cueros, y tantísima divina cosa como habrá en ese Campo de Marte, ¿dónde se

las deja usted? Respondo que me las dejo donde debe dejarse todo aquello que ni nos divierte, ni nos interesa, ni nos es conocido, ni, en suma, nos compete tratar. En el departamento de los Estados Unidos hay una Venus de Milo de tamaño natural, modelada en chocolate. Es cuanto puedo decir sobre productos alimenticios; y, con franqueza, si estuviera en mi mano, la repartiría á los muchachos para que se la comiesen.

#### CARTA VIII

### BAYONETAS, CAÑONES.—LA EXPOSICIÓN POR FUERA

*París, Junio 7.*

CADA día que pasa aumenta la animación de esta ciudad, y descargan los trenes en su seno mayor número de forasteros venidos de las cinco partes del mundo, y más aún de América que de Europa.

Ya puede decirse á boca llena que la Exposición no fracasa; y también puede afirmarse que será muy difícil en lo sucesivo mejorar el programa de las Exposiciones, encontrando después de la torre Eiffel alguna novedad estimulante, algún signo peculiar que distinga á un Certamen entre todos los que en el mundo han sido.

La barca de la Exposición navega, pues, en